

*EUSEBIO DE CESAREA*

**HISTORIA  
ECLESIÁSTICA**

## LIBRO PRIMERO

El libro primero de la *Historia Eclesiástica* contiene lo siguiente:

1. Propósito de la obra.
2. Resumen de la doctrina sobre la preexistencia de nuestro Salvador y Señor, el Cristo de Dios, y de la atribución de la divinidad.
3. De cómo el nombre de Jesús y el mismo de Cristo habían sido ya conocidos desde antiguo y honrados por los profetas inspirados por Dios.
4. De cómo el carácter de la religión por él anunciada a todas las naciones ni era nuevo ni extraño.
5. De cuándo se manifestó Cristo a los hombres.
6. De cómo, según las profecías, en sus días cesaron los príncipes que anteriormente venían rigiendo, por línea de sucesión hereditaria, a la nación judía y empezó a reinar Herodes, el primer extranjero.
7. De la supuesta discrepancia de los evangelios acerca de la genealogía de Cristo.
8. Del infanticidio perpetrado por Herodes y del final catastrófico de su vida.
9. De los tiempos de Pilato.
10. De los sumos sacerdotes de los judíos bajo los cuales Cristo enseñó.
11. Testimonios sobre Juan Bautista y Cristo.
12. De los discípulos de nuestro Salvador.
13. Relato sobre el rey de Edesa.

## [PROPÓSITO DE LA OBRA]

I Es mi propósito consignar las sucesiones<sup>1</sup> de los santos apóstoles y los tiempos transcurridos desde nuestro Salvador hasta nosotros; el número y la magnitud de los hechos registrados por la historia eclesiástica<sup>2</sup> y el número de los que en ella sobresalieron en el gobierno y en la presidencia de las iglesias<sup>3</sup> más ilustres, así como el número de los que en cada generación, de viva voz o por escrito, fueron los embajadores de la palabra de Dios<sup>4</sup>; y también quiénes y cuántos y cuándo, sorbidos por el error y llevando hasta el extremo sus novelerías, se proclamaron públicamente a sí mismos introductores de una mal llamada ciencia<sup>5</sup> y esquilmaron sin piedad, como lobos crueles<sup>6</sup>, al rebaño de Cristo;

2 y además, incluso las desventuras que se abatieron sobre toda la nación judía en seguida que dieron remate a su conspiración <sup>7</sup> contra nuestro Salvador, así como también el número, el carácter y el tiempo de los ataques de los paganos contra la divina doctrina y la grandeza de cuantos, por ella, según las ocasiones, afrontaron el combate en sangrientas torturas; y además los martirios de nuestros propios tiempos <sup>8</sup> y la protección <sup>9</sup> benévola y propicia de nuestro Salvador. Al ponerme a la obra, no tomaré otro punto de partida que los comienzos de la economía <sup>10</sup> de nuestro Salvador y Señor Jesús, el Cristo de Dios.

3 Mas, por esto mismo, la obra está reclamando comprensión benevolente para mí, que declaro ser superior a nuestras fuerzas el presentar acabado y entero lo prometido, puesto que somos por ahora los primeros <sup>11</sup> en abordar el tema, como quien emprende un

camino desierto y sin hollar. Rogamos tener a Dios por guía y el poder del Señor como colaborador, porque de hombres que nos hayan precedido por nuestro mismo camino, en verdad, hemos sido absolutamente incapaces de encontrar una simple huella; a lo más, únicamente pequeños indicios en los que, cada cual a su manera, nos han dejado en herencia relatos parciales de los tiempos transcurridos y de lejos nos tienden como antorchas sus propias palabras; desde allá arriba, como desde una atalaya remota, nos vocean y nos señalan por dónde hay que caminar y por dónde hay que enderezar los pasos de la obra sin error y sin peligro.

4 Por lo tanto, nosotros, después de reunir cuanto hemos estimado aprovechable para nuestro tema de lo que esos autores mencionan aquí y allá, y libando, como de un prado espiritual, las oportunas sentencias de los viejos autores, intentaremos darle cuerpo en una trama histórica y quedaremos satisfechos con tal de poder preservar del olvido las sucesiones, si no de todos los apóstoles de nuestro Salvador, siquiera de los más insignes en las Iglesias más ilustres que aún hoy en día se recuerdan.

5 Tengo para mí que es de todo punto necesario el que me ponga a trabajar este tema, pues de ningún escritor eclesiástico sé, hasta el presente, que se haya preocupado de este género literario. Espero, además, que se mostrará utilísimo para cuantos se afanan por adquirir sólida instrucción histórica.

6 Ya anteriormente, en los *Cánones cronológicos*<sup>12</sup> por mí redactados, compuse un resumen de todo esto, pero, no obstante, voy en la obra presente a lanzarme a una exposición más completa.

7 Y comenzaré, según dije <sup>13</sup>, por la economía y la teología <sup>14</sup> de Cristo, que en elevación y en grandeza exceden al hombre.

8 Y es que, efectivamente, quien se ponga a escribir los orígenes de la historia eclesiástica deberá necesariamente comenzar por remontarse a la primera economía de Cristo mismo—pues de Él precisamente hemos tenido el honor de recibir el nombre—más divina de lo que al vulgo <sup>15</sup> puede parecer.

## 2

[RESUMEN DE LA DOCTRINA SOBRE LA PREEXISTENCIA DE NUESTRO SALVADOR Y SEÑOR, EL CRISTO DE DIOS, Y DE LA ATRIBUCIÓN DE LA DIVINIDAD]

1 Siendo la índole de Cristo doble: una, semejante a la cabeza del cuerpo <sup>16</sup>—y por ella le reconocemos como a Dios—, y otra, comparable a los pies—mediante la cual y por causa de nuestra sal-

vación se revistió del hombre, pasible como nosotros mismos <sup>17</sup>—, nuestra exposición de lo que va a seguir será perfecta si iniciamos el discurso de toda su historia partiendo de los puntos más capitales y dominantes. Y de este modo, la antigüedad y carácter divino de los cristianos quedará también patente a los ojos de los que piensan que es algo nuevo, extraño, de ayer, y no de antes.

2 Ningún tratado podría bastar para explicar al pormenor el linaje, la dignidad, la sustancia misma y la naturaleza de Cristo, por lo que el Espíritu divino dice: *Su generación, ¿quién la narrará?* <sup>18</sup>; porque, en efecto, nadie conoció al Padre sino el Hijo, ni nadie conoció alguna vez al Hijo, según su dignidad, sino sólo el Padre, que lo engendró <sup>19</sup>.

3 ¿Y quién, excepto el Padre, podría concebir sin impurezas la luz <sup>20</sup> que es anterior al mundo y la sabiduría <sup>21</sup> inteligente y sustancial que precedió a los siglos <sup>22</sup>, el Verbo viviente en el Padre y que desde el principio es Dios <sup>23</sup>, lo primero <sup>24</sup> y único que Dios engendró antes de toda creación <sup>25</sup> y de toda producción de seres visibles e invisibles, el generalísimo del ejército <sup>26</sup> espiritual e inmortal del cielo, el ángel del gran consejo <sup>27</sup>, el servidor del pensamiento inefable del Padre, el hacedor de todas las cosas junto con el Padre, la causa segunda <sup>28</sup> de todo después del Padre, el Hijo de

Dios, genuino y único, el Señor, el Dios y el Rey de todos los seres, que ha recibido del Padre la autoridad soberana y la fuerza, junto con la divinidad, el poder y el honor? Porque, en verdad, según lo que de Él dicen las misteriosas enseñanzas de las Escrituras: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada se hizo* <sup>29</sup>.

4 Esto mismo es lo que enseña el gran Moisés, como el más antiguo de todos los profetas, al describir, bajo inspiración del espíritu divino, la creación y la ordenación del universo: el creador y hacedor del universo cedió a Cristo, y sólo a Cristo, su divino y primogénito Verbo, el hacer los seres inferiores; y con Él lo vemos conversando acerca de la formación del hombre: *Dijo, pues, Dios: Hagamos un hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza* <sup>30</sup>.

5 Fiador de esta sentencia es otro profeta, al hablar así de Dios en cierto pasaje de sus himnos: *Porque dijo Él y fue hecho; Él mandó y fue creado* <sup>31</sup>. Introduce aquí al Padre y creador disponiendo con gesto regio, en calidad de soberano absoluto, y al Verbo divino —no otro que el mismo que se nos ha anunciado—, como segundo después de Él y ministro ejecutor de los mandatos paternos.

6 A éste, ya desde los albores de la humanidad, todos cuantos se nos dice que sobresalieron por su rectitud y su religiosidad: los

compañeros del gran servidor Moisés <sup>32</sup> y, antes que él, Abrahán, el primero, lo mismo que sus hijos y cuantos luego se mostraron justos y profetas, al contemplarlo con los ojos limpios de su inteligencia, lo reconocieron y le rindieron el culto debido como a Hijo de Dios.

7 Y Él mismo, sin descuidar lo más mínimo su piedad para con el Padre, se constituyó para todos en maestro del conocimiento del Padre. Y así leemos <sup>33</sup> que el Señor Dios fue visto por Abrahán, que se hallaba sentado junto a la encina de Mambré, bajo el aspecto de un hombre corriente. Abrahán se prosterna al punto y, aunque ve en él con sus ojos un hombre, no obstante lo adora como a Dios, le suplica como a Señor y confiesa no ignorar de quién se trataba, al decir textualmente: *Señor, tú que juzgas la tierra toda, ¿no vas a hacer justicia?* <sup>34</sup>

8 Porque, si ninguna razón puede admitir que la sustancia no engendrada e inmutable de Dios todopoderoso se transmute en la forma de hombre <sup>35</sup>, ni que con la apariencia de hombre engendrado engañe a los ojos de los que le ven, ni que la Escritura forje engañosamente tales cosas, un Dios y Señor que juzga a toda la tierra y hace justicia, y que es visto bajo aspecto de hombre, no estando siquiera permitido decir que se trata de la primera causa del universo, ¿qué otro podría ser proclamado tal, sino su único y preexistente Verbo? Acerca de Él se dice también en los salmos: *Mandó su Verbo y los sanó y los libró de su corrupción* <sup>36</sup>.

9 Moisés lo proclama clarísimamente segundo Señor después del Padre cuando dice: *Hizo llover el Señor sobre Sodoma y Gomorra*

*azufre y fuego de parte del Señor* 37. Y también la Sagrada Escritura lo proclama Dios cuando se apareció a Jacob en figura de hombre 38 y le habló diciendo: *Tu nombre en adelante no será ya Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios* 39, y entonces Jacob llamó al lugar aquel «*Visión de Dios*», diciendo: *Porque he visto a Dios cara a cara, y mi alma se ha salvado* 40.

10 Y es que no se puede suponer que estas apariciones divinas mencionadas sean de ángeles inferiores y servidores de Dios, pues, cuando alguno de éstos se aparece a los hombres, no se lo calla la Escritura, sino que por su nombre los llama, no Dios ni siquiera Señor, sino ángeles, como es fácil probar con incontables pasajes.

11 Y a este Verbo, Josué, sucesor de Moisés, después de haberlo contemplado no de otra manera que en forma y figura de hombre 41 también, lo llama generalísimo del ejército de Dios 42, como haciéndolo jefe de los ángeles y arcángeles del cielo y de los poderes superiores, y como si fuera poder y sabiduría del Padre 43 y a quien ha sido confiado el segundo puesto del reinado y del principado sobre todas las cosas.

12 Porque está escrito: *Y sucedió que se hallaba Josué cerca de Jericó y, alzando los ojos, vio a un hombre de pie delante de él con la espada desnuda en su mano; y Josué, acercándose a él, le dijo: ¿Eres de los nuestros o de los contrarios? Y él respondió: Yo soy el generalísimo del ejército del Señor; acabo de llegar. Y Josué entonces se prosternó rostro en tierra y le dijo: Señor, ¿qué es lo que mandas a tu sier-*

vo?, y el *generalísimo* del Señor dijo a Josué: *Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es lugar santo* <sup>44</sup>.

13 De donde, partiendo de las palabras mismas, observarás que éste no es otro que el que se reveló a Moisés, puesto que, efectivamente, la Sagrada Escritura dice de éste en los mismos términos: *Mas, cuando le vio el Señor acercarse para ver, lo llamó el Señor desde la zarza y le dijo: Moisés, Moisés. Éste respondió: ¿Qué hay? Y dijo el Señor: No te acerques aquí. Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa. Y le dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob* <sup>45</sup>.

14 Y que al menos hay una sustancia anterior al mundo, viva y subsistente, la que sirvió de ayuda al Padre y Dios del universo en la creación de todos los seres, llamada Verbo de Dios y Sabiduría, además de las pruebas expuestas, nos es dado escucharlo incluso de la misma Sabiduría en persona que, por boca de Salomón, ella misma nos inicia clarísimamente en su propio misterio: *Yo, la sabiduría, planté mi tienda en el consejo e invoqué a la ciencia y a la inteligencia; por mí los reyes reinan, y los potentados administran justicia; por mí los magnates son engrandecidos, y por mí los soberanos dominan la tierra* <sup>46</sup>.

15 A lo cual añade: *El Señor me creó como principio de sus caminos en sus obras, antes de los siglos asentó mis fundamentos. En el principio, antes que hiciese la tierra, antes que brotasen las fuentes de las aguas, antes que cimentara los montes y antes que a todos los collados, me engendró a mí. Cuando preparaba los cielos, con él estaba yo;*

*y cuando hacia perennes los manantiales que están bajo el cielo, con él me sentaba yo a dirigir. Yo me sentaba allí donde él cada día se complacía y me encantaba estar delante de él en toda ocasión, cuando él se congratulaba de haber acabado el universo* <sup>47</sup>.

**16** Brevemente, pues, queda expuesto que el Verbo divino existió antes que todo, y también a quiénes, ya que no a todos, se apareció.

**17** Mas ¿por qué no fue predicado antes, antiguamente, a todos los hombres y a todas las naciones, lo mismo que lo es ahora? Quizás pueda esclarecerlo esta respuesta: la vida primitiva de los hombres era incapaz de hacer un sitio a la enseñanza de Cristo, todo sabiduría y virtud.

**18** En efecto, al menos en los comienzos, después de su primer tiempo de vida dichosa, el primer hombre se desentendió del mandato divino y se precipitó en este vivir mortal y perecedero, y cambió las delicias divinas del comienzo por esta tierra maldita. Y sus descendientes poblaron nuestra tierra toda y, con excepción de uno o dos en alguna parte, fueron manifiestamente degenerando y llegaron a tener una conducta propia de bestias y una vida intolerable <sup>48</sup>.

**19** Ni siquiera se les ocurría pensar en ciudades, ni en constituciones, ni en artes, ni en ciencias. De las leyes y juicios, así como de la virtud y de la filosofía, ni el nombre conocían. Como gente

ruda y montaraz, hacían vida nómada por lugares desiertos. Con el exceso de malicia libremente abrazada, corrompían el natural razonamiento y todo germen de inteligencia y suavidad propios del alma humana. Y hasta tal punto se entregaban sin reservas a toda iniquidad, que a veces mutuamente se corrompían, a veces se mataban unos a otros y, en ocasiones, practicaban la antropofagia, y llevaron su osadía hasta combatir contra Dios y entablar esas guerras de gigantes, de todos conocidas, y pensaron en amurallar la tierra contra el cielo y prepararse, en su loco desatino, para hacer la guerra al mismo que está sobre todo.

**20** A los que tal vida llevaban, Dios, que todo lo controla, los persigue con inundaciones e incendios devastadores, como si se tratara de un bosque salvaje esparcido por toda la tierra, y los fue abatiendo con hambres continuas, con pestes y guerras y aun fulminándolos desde arriba, como si con estos remedios tan amargos intentara atajar una espantosa y gravísima enfermedad de las almas.

**21** Entonces, pues, cuando estaba realmente a punto de alcanzar a todos el sopor de la maldad, como el de una tremenda borrachera que oscureciera y hundiera en tinieblas las almas de casi todos los hombres, la Sabiduría de Dios, su primogénita y primera criatura <sup>49</sup>, y el mismo Verbo preexistente <sup>50</sup>, por un exceso de amor a los hombres, se manifestó a los seres inferiores, unas veces mediante visiones de ángeles y otras por sí mismo, como poder salvador de Dios, a uno o dos de los antiguos varones amigos de Dios, y no de otra manera que en forma de hombre <sup>51</sup>, la única en que a ellos podía aparecerse.

22 Pero una vez que, por intermedio de éstos, la semilla de la religión se extendió a una muchedumbre de hombres y surgió de los primeros hebreos de la tierra una nación entera que se aferró a la religión, Dios, por medio del profeta Moisés <sup>52</sup>, hizo a éstos, como a hombres que todavía continuaban en su antiguo género de vida, entrega de imágenes y símbolos de cierto misterioso sábado y de la circuncisión, y los inició en otros preceptos espirituales, pero no les desveló el misterio mismo.

23 Mas su ley cobró fama, y como brisa fragante se difundió entre todos los hombres. Entonces ya, a partir de ellos, las mentes de la mayoría de las gentes se fueron suavizando por influjo de legisladores y de filósofos de aquí y de allá, y la condición propia de animales rudos y salvajes se fue cambiando en suavidad, de suerte que lograron una paz profunda <sup>53</sup>, amistades y trato de unos con otros. Pues bien, entonces es cuando, al fin, en los comienzos del Imperio romano y por medio de un hombre que en nada difería de nuestra naturaleza en cuanto a la sustancia corporal, se manifestó a todos los hombres y a todas las naciones esparcidas por el mundo dándoles por preparados y dispuestos ya para recibir el conocimiento del Padre, aquel mismo maestro de virtudes en persona, el colaborador del Padre en toda obra buena, el divino y celestial Verbo de Dios, y tan grandes cosas realizó y padeció cuales se hallaban en las profecías; éstas habían proclamado de antemano

que un hombre y Dios a la vez vendría a morar en esta vida y obraría maravillas y sería señalado como maestro de la religión de su Padre para todas las naciones; también habían proclamado el portento de su nacimiento, la novedad de su enseñanza, sus obras admirables y, por si fuera poco, el modo de su muerte, su resurrección de entre los muertos y, sobre todo, su divina restauración en los cielos.

24 En cuanto al reinado final<sup>54</sup> del Verbo, el profeta Daniel, contemplándolo por influjo del espíritu divino, sintióse divinamente inspirado y describió así, bastante al estilo humano, su visión: *Porque yo—dice—estaba mirando hasta que fueron colocados tronos, y un anciano de muchos días se sentó. Y era su vestido blanco igual que nieve, y su cabellera como lana limpia; su trono, llama de fuego, y sus ruedas, fuego ardiente. Un río de fuego brotaba delante de él y miles de millares le servían y miriadas y miriadas asistían delante de él. Sentóse el tribunal y se abrieron los libros*<sup>55</sup>.

25 Y a las pocas líneas continúa diciendo: *Estaba yo conemplando, y vi venir con las nubes del cielo como un hijo de hombre que avanzó hasta el anciano de muchos días y lo presentaron delante de éste. Y le fueron dados el señorío, y la gloria, y el reino, y todos los pueblos, tribus y lenguas serán siervos suyos. Su poderío es poderío eterno, no pasará. Y su reino no será destruido*<sup>56</sup>.

26 Ahora bien, está claro que todas estas cosas no podrían referirse a otro que a nuestro Salvador, al Dios-Verbo, que en el

principio estaba en Dios<sup>57</sup> y que, por causa de su encarnación en los últimos tiempos, se llamó Hijo del hombre.

27 Mas démonos por contentos con lo dicho, para la obra presente, pues en comentarios especiales<sup>58</sup> tengo ya recogidas las profecías que atañen a Jesucristo, Salvador nuestro, y en otros escritos he dado una mejor demostración de cuanto hemos expuesto acerca de Él.

### 3

[DE CÓMO EL NOMBRE DE JESÚS Y EL MISMO DE CRISTO HABÍAN SIDO YA CONOCIDOS DESDE ANTIGUO Y HONRADOS POR LOS PROFETAS INSPIRADOS POR DIOS]

1 Ha llegado ya el momento de demostrar que también entre los antiguos profetas, amigos de Dios, se honraba ya los nombres mismos de Jesús y de Cristo.

2 Moisés mismo fue el primero en conocer el nombre de Cristo como el más augusto y glorioso cuando hizo entrega de figuras, símbolos e imágenes misteriosas de las cosas del cielo, conforme al oráculo que le decía: *Mira, harás todas las cosas según el modelo que te ha sido mostrado en el monte*<sup>59</sup>; y celebrando al sumo sacerdote de Dios en tanto en cuanto le es posible a un hombre, lo proclama «Cristo»<sup>60</sup>. A esta dignidad del supremo sacerdocio, que para él sobrepasa a toda otra primera dignidad de entre los hombres,

sobre el honor y la gloria, le añade el nombre de Cristo. Así, pues, él conocía el carácter divino de Cristo.

3 Pero es que el mismo Moisés, por obra del espíritu divino, conoció de antemano bien claramente incluso el nombre de Jesús, considerándolo asimismo digno de un privilegio insigne. En efecto, nunca se había pronunciado este nombre entre los hombres antes de ser conocido por Moisés. Este aplica el nombre de Jesús primera y únicamente a aquel que, una vez más conforme a la figura y al símbolo, sabía que habría de sucederle, después de su muerte, en el mando supremo <sup>61</sup>.

4 Nunca antes su sucesor había usado el nombre de Jesús, sino que se le llamaba por otro nombre, Ausé, precisamente el que le habían puesto sus padres <sup>62</sup>. Moisés le dio el nombre de Jesús como un privilegio precioso, mucho mayor que el de una corona real. Le dio ese nombre porque, en realidad, el mismo Jesús, hijo de Navé, era portador de la imagen de nuestro Salvador, el único que, después de Moisés y después de haber concluido el culto simbólico por él transmitido, le sucedería en el mando de la verdadera y firmísima religión.

5 Y de esta manera Moisés, como haciéndoles el más grande honor, aplicó el nombre de Jesucristo nuestro Salvador a los dos hombres que, según él, más sobresalían en virtud y en gloria sobre todo el pueblo, a saber, al sumo sacerdote y al que le había de suceder en el mando.

6 Pero está claro también que los profetas posteriores han

anunciado a Cristo por su nombre y han dado testimonio por adelantado no sólo de la conjura del pueblo judío que tendría lugar contra Él, sino también de la llamada que por Él se haría a las naciones. Una vez será Jeremías, al decir así: *El espíritu de nuestro rostro, el Cristo Señor, de quien habíamos dicho: «A su sombra viviremos entre las gentes», cayó preso en sus trampas* <sup>63</sup>. Otra vez será David, que exclama perplejo: *¿Por qué se amotinaron las naciones y los pueblos maquinaron planes vanos? Asistieron los reyes de la tierra y los príncipes se aunaron contra el Señor y contra su Cristo* <sup>64</sup>; y añade luego, hablando en la persona misma de Cristo: *El Señor me dijo: Mi hijo eres tú; yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré en heredad las naciones y en posesión los confines de la tierra* <sup>65</sup>.

7 Pero es de saber que, entre los hebreos, el nombre de Cristo no era ornato únicamente de los que estaban investidos con el sumo sacerdocio y eran ungidos simbólicamente con óleo preparado, sino también de los reyes, a los cuales ungián los profetas por inspiración divina y hacían de ellos imágenes de Cristo, pues, efectivamente, estos reyes llevaban ya en sí mismos la imagen del poder regio y soberano del único y verdadero Cristo, Verbo divino, que reina sobre todas las cosas.

8 Además, la tradición nos ha hecho saber igualmente que incluso algunos profetas se han convertido en Cristos, en figura, por obra de la unción con el óleo <sup>66</sup>, de suerte que todos éstos hacen referencia al verdadero Cristo, el Verbo divino y celestial, único

sumo Sacerdote del universo, único rey de toda la creación y, entre los profetas, único sumo Profeta del Padre.

9 Prueba de ello es que ninguno de los que antiguamente fueron ungidos simbólicamente: ni sacerdotes, ni reyes, ni profetas poseyeron tan alto poder de virtud divina como está demostrado que poseyó Jesús, nuestro Salvador y Señor, el único y verdadero Cristo.

10 Al menos ninguno de ellos, por más que brillara por su dignidad y por su honor entre los suyos en tantas generaciones, dio jamás el apelativo de cristiano a sus súbditos, aplicándoles en figura el nombre de Cristo. Ni tampoco sus súbditos rindieron a ninguno de ellos el honor del culto, ni fue tal su predisposición, que después de su muerte estuvieran preparados a morir por el mismo al que así honraban. Y por ninguno de ellos hubo una conmoción tal de todas las naciones del ancho mundo. Y es que la fuerza del símbolo que en ellos había era incapaz de obrar como obró la presencia de la verdad demostrada a través de nuestro Salvador.

11 Este de nadie tomó símbolos y figuras del sumo sacerdocio; ni descendía, en cuanto al cuerpo, de familia sacerdotal; ni fue elevado a la dignidad regia por un cuerpo de guardia compuesto de hombres; ni siquiera fue un profeta igual que los de antaño ni obtuvo entre los judíos precedencia alguna de honor ni de cualquier otra clase; y, sin embargo, está adornado por el Padre de todas estas prerrogativas, y no, por cierto, en figura, sino en su misma verdad <sup>67</sup>.

12 Así, pues, sin haber sido objeto de nada semejante a lo que

hemos descrito, es proclamado Cristo con más motivo que todos aquéllos y, siendo Él mismo el único y verdadero Cristo de Dios, llenó el mundo entero de cristianos, esto es, de su nombre realmente venerable y sagrado. Ya no son figuras e imágenes lo que Él entrega a sus seguidores, sino las mismas virtudes en su pureza y una vida de cielo con la misma doctrina de la verdad.

13 Y la unción que ha recibido no es ya la preparada con sustancias materiales, sino algo divino por el Espíritu de Dios, por su participación en la divinidad ingénita del Padre. Esto mismo justamente es lo que enseñaba Isaías cuando clamaba, igual que si lo hiciera con la voz misma de Cristo: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por esto me ungió: me envió para anunciar la buena nueva a los pobres, y pregonar a los cautivos la libertad y a los ciegos el ver de nuevo* <sup>68</sup>.

14 Y no solamente Isaías. También David se vuelve hacia el mismo Cristo y le dice: *Tu trono es, ¡oh Dios!, eterno y para siempre; el cetro de tu reino, cetro de rectitud. Amaste la justicia y aborreciste la maldad, por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de gozo, más que a tus compañeros* <sup>69</sup>. Aquí, el primer versículo del texto lo llama Dios; el segundo le honra con el cetro real.

15 Y a continuación, después de su poder divino y regio, muestra al mismo Cristo, en tercer lugar, ungido no con el óleo que procede de materia corporal, sino con el óleo divino del gozo, por el que se viene a significar su excelencia, su superioridad y su diferencia respecto de los antiguos, ungidos más corporalmente y en figura.

16 Y en otro pasaje, el mismo David descubre las cosas que atañen a Cristo con estas palabras: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies* <sup>70</sup>. Y también: *De mi seno te engendré antes del alba. Juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec* <sup>71</sup>.

17 Ahora bien, este Melquisedec aparece en las Sagradas Escrituras como sacerdote del Dios Altísimo <sup>72</sup> sin que sea señalado con algún óleo preparado y sin que esté emparentado con el sacerdocio hebraico por sucesión alguna hereditaria. Por eso es por lo que nuestro Salvador es proclamado con juramento Cristo y Sacerdote según su orden y no según el de los otros, que habían recibido símbolos y figuras <sup>73</sup>.

18 De ahí que tampoco la historia nos haya transmitido que Cristo fuera ungido corporalmente entre los judíos ni que naciera de una tribu sacerdotal, sino al revés, que recibió su ser de Dios mismo antes del alba, esto es, antes de la creación del mundo, y que entró en posesión de un sacerdocio inmortal y duradero por la eternidad sin fin.

19 Una prueba sólida y patente de esta unción incorporeal y divina es que, de todos los hombres de su tiempo y de los que luego han seguido hasta hoy, únicamente Él, entre todos y en el mundo entero, ha sido llamado y proclamado Cristo; solamente a Él reconocen bajo este nombre, dan testimonio de Él y le recuerdan todos, lo mismo entre griegos que entre bárbaros; y hasta hoy todavía sus seguidores, repartidos por toda la tierra habitada, siguen dándole honores de rey, admirándole más que como a profeta y glorificán-

dole como a verdadero y único sumo Sacerdote de Dios y, además de todo esto, por ser Verbo de Dios, preexistente y nacido antes de todos los siglos, y por haber recibido del Padre honores divinos, lo adoran como a Dios.

20 Y lo que aún es más extraordinario: que quienes le estamos consagrados no solamente le honramos con la voz y con palabras, sino también con la plena disposición del alma, hasta el punto de estimar en más el martirio <sup>74</sup> por Él que nuestra propia vida.

## 4

[DE CÓMO EL CARÁCTER DE LA RELIGIÓN ANUNCIADA POR CRISTO  
A TODAS LAS NACIONES NI ERA NUEVO NI EXTRAÑO]

1 Baste con lo dicho, como algo necesario antes de empezar mi narración, para que ya nadie piense que nuestro Salvador y Señor Jesucristo es algo nuevo, por el hecho del tiempo de su vida en carne mortal. Mas, para que nadie suponga tampoco que su doctrina es nueva y extraña, como si la hubiera compuesto un hombre reciente y en nada diferente de los demás hombres, tratemos de explicarnos también con brevedad sobre este punto.

2 No hace todavía mucho tiempo, efectivamente, que brilló sobre todos los hombres la presencia de nuestro Salvador Jesucristo, y un pueblo, nuevo <sup>75</sup> en el concepto de todos, ha hecho su aparición

así, de repente, conforme a las inefables predicciones de los tiempos; un pueblo no pequeño, ni débil, ni asentado en cualquier rincón de la tierra, sino, al contrario, el más numeroso y el más religioso de todos los pueblos, indestructible e invencible por ser en todo momento objeto del favor divino, el pueblo al que todos honran con el nombre de Cristo.

3 Uno de los profetas que con los ojos del Espíritu de Dios contempló anticipadamente la existencia futura de este pueblo se llenó de tal asombro, que rompió a gritar: *¿Quién oyó semejante cosa? ¿Y quién habló así? ¡Parir la tierra en un día y nacer un pueblo de una vez!*<sup>76</sup> Y el mismo profeta hace también alusión en otro lugar al nombre futuro de ese pueblo, cuando dice: *Y a mis siervos se les llamará por un nombre nuevo, que será bendito sobre la tierra*<sup>77</sup>.

4 Pero si está claro que nosotros somos nuevos y que este nuevo nombre de cristianos realmente ha sido conocido entre las naciones todas recientemente, no obstante y a pesar de ello, el que nuestra vida y el carácter de nuestra conducta, ajustada a los preceptos mismos de la religión, no sea invención nuestra de ayer, sino que, por así decirlo, se mantuvo en vigor desde la primera creación del hombre, gracias al buen sentido de aquellos antiguos varones amigos de Dios, lo demostraremos aquí.

5 El pueblo hebreo no es un pueblo nuevo<sup>78</sup>, antes bien, de todos es sabido que todos los hombres lo estimaron por su antigüedad. Pues bien, sus documentos y escritos mencionan a unos hombres antiguos, espaciados y escasos en número, ciertamente, pero, en cambio, excelentes en religiosidad, en justicia y en todas

las demás virtudes. De ellos, unos vivieron antes del diluvio, y los otros después. Y entre los hijos y descendientes de Noé, sobresale especialmente Abrahán, al que los hijos de los hebreos se jactan de tener por autor y primer padre.

6 Si, remontándose desde Abrahán hasta el primer hombre, alguien añadiera que todos esos varones, cuya justicia está bien atestiguada, fueron cristianos, si no de nombre, sí por sus obras, no andaría equivocado <sup>79</sup>.

7 Porque lo que ese nombre significa es que el cristiano, a causa del conocimiento de Cristo y de su doctrina, sobresale por su sobriedad, por su justicia, por la firmeza de su carácter, por el valor de su virtud y por el reconocimiento de un solo y único Dios de todas las cosas <sup>80</sup>, y el interés de aquellos hombres por todas estas cosas en nada era inferior al nuestro.

8 No se preocuparon de la circuncisión corporal, como tampoco nosotros; ni de la guarda del sábado, como nosotros tampoco; ni de la abstención de tales o cuales alimentos, ni de apartarse de tantas otras cosas como después Moisés, el primero que comenzó, dejó por tradición que, como símbolos, se cumplieran, y que nosotros, los cristianos de ahora, tampoco guardamos. En cambio, claramente conocieron al Cristo de Dios si, como antes hemos demostrado <sup>81</sup>, se apareció a Abrahán, trató con Isaac, habló a Israel y conversó con Moisés y con los profetas posteriores <sup>82</sup>.

9 Por lo que bien echarás de ver que aquellos amigos de Dios son también dignos del sobrenombre de Cristo, conforme a la sentencia que dice de ellos: *No toquéis a mis Cristos, ni hagáis mal a mis profetas* <sup>83</sup>.

10 De donde claramente se ve la necesidad de creer que aquella religión, la primera, la más antigua y más venerable de todas, hallazgo de aquellos mismos varones amigos de Dios y compañeros de Abrahán, es la misma que recientemente se anunció a todos los pueblos por la enseñanza de Cristo.

11 Quizás se objete que Abrahán recibió mucho tiempo después el mandato de la circuncisión, pero también se proclama y se da testimonio de su justicia a causa de su fe, anterior a ese mandato, pues dice así la divina Escritura: *Y creyó Abrahán a Dios, y se le contó por justicia* <sup>84</sup>.

12 Y a él, así justificado, antes ya de la circuncisión, Dios, que se le apareció (y este Dios era Cristo mismo, el Verbo de Dios), le participó un oráculo concerniente a los que en los tiempos venideros serían justificados del mismo modo que él; los términos de la promesa son: *Y en ti serán benditos todos los pueblos de la tierra* <sup>85</sup>; y también: *Y se hará un pueblo grande y numeroso, y en él serán benditos todos los pueblos de la tierra* <sup>86</sup>.

13 Ahora bien, se puede establecer que esto se ha cumplido en nosotros, porque, efectivamente, Abrahán fue justificado por su fe en el Verbo de Dios, el Cristo, que se le había aparecido, después que hubo dicho adiós a las supersticiones de sus padres

y al error de su vida anterior<sup>87</sup>, y luego de confesar un solo Dios, que está sobre todas las cosas, y de honrarlo con obras de virtud, no con las obras de la ley de Moisés, que vino después. Y siendo tal, a él le fue dicho que todas las tribus de la tierra y todos los pueblos serian bendecidos en él.

14 Pues bien, en los tiempos presentes, esta misma forma de religión de Abrahán solamente aparece practicada, con obras más visibles que las palabras, entre los cristianos repartidos por todo el mundo habitado.

15 Por lo tanto, ¿qué podría ya impedirnos reconocer una única e idéntica vida y forma de religión para nosotros, los que procedemos de Cristo, y para aquellos antiguos amigos de Dios? De este modo habremos demostrado que la práctica de la religión que nos ha sido transmitida por la enseñanza de Cristo no es nueva ni extraña, sino, para ser plenamente veraces, la primera y la única verdadera. Y baste con esto.

## 5

### [DE CUÁNDO SE MANIFESTÓ CRISTO A LOS HOMBRES]

1 Bien, después de este preámbulo, necesario para la historia eclesiástica que me he propuesto, nos queda ya sólo comenzar nuestra especie de viaje, partiendo de la manifestación de nuestro Salvador en su carne y después de invocar a Dios, Padre del Verbo, y al mismo Jesucristo, Salvador y Señor nuestro, Verbo celestial

de Dios, como ayuda y colaborador nuestro en la verdad de la exposición.

2 Así, pues, corría el año 42 del reinado de Augusto y el vigésimo octavo desde el sometimiento de Egipto y muerte de Antonio y de Cleopatra (en la cual se extinguió la dinastía egipcia de los Tolomeos), cuando nuestro Salvador y Señor Jesucristo nace en Belén de Judea, conforme a las profecías acerca de Él <sup>88</sup>, en tiempos del primer empadronamiento, y siendo Cirino gobernador de Siria <sup>89</sup>.

3 Este empadronamiento de Cirino lo registra también el más ilustre de los historiadores hebreos, Flavio Josefo <sup>90</sup>, al relatar otros hechos referentes a la secta de los galileos, surgida por aquel entonces, y de la cual hace mención también nuestro Lucas en los Hechos cuando dice: *Después de éste, se levantó Judas el Galileo, en los días del empadronamiento, y arrastró al pueblo detrás de sí. También ése pereció, y todos los que le obedecieron fueron dispersados* <sup>91</sup>.

4 A estas indicaciones, pues, el mencionado Josefo viene a añadir literalmente en el libro XVIII de sus *Antigüedades* lo siguiente:

«Cirino, miembro del senado, hombre que había desempeñado ya los otros cargos, por los que había ido pasando, sin omitir uno solo, hasta llegar a cónsul y grande por su dignidad en todo lo demás, se personó en Siria acompañado por unos pocos, enviado por César como juez de la nación y censor de los bienes» 92.

5 Y un poco después dice:

«Pero Judas el Gaulanita—de la ciudad llamada Gaula—, tomando consigo a Sadoc, un fariseo, andaba instigando a la rebelión; decía que el censo no podía conducir a otra cosa que a una abierta esclavitud, y exhortaba al pueblo a aferrarse a la libertad» 93.

6 Y sobre el mismo escribe en el libro II de sus *Historias de la guerra judía*:

«Por este tiempo, cierto galileo, llamado Judas, provocó a rebelión a los habitantes del país, reprochándoles el someterse al pago del tributo a los romanos y el soportar a unos amos mortales después de a Dios» 94.

Así Josefo.

[DE CÓMO, SEGÚN LAS PROFECÍAS, EN TIEMPO DE CRISTO CESARON LOS PRÍNCIPES QUE ANTERIORMENTE VENÍAN RIGIENDO POR LÍNEA DE SUCESIÓN HEREDITARIA A LA NACIÓN JUDÍA Y EMPEZÓ A REINAR HERODES, EL PRIMER EXTRANJERO]

1 Fue en este tiempo cuando asumió el reinado sobre el pueblo judío, por primera vez, Herodes, de linaje extranjero, y tuvo cumplimiento la profecía hecha por medio de Moisés, que decía: *No faltará jefe salido de Judá ni caudillo nacido de sus muslos hasta que llegue aquel para quien está reservado* <sup>95</sup>, y le señala como esperanza de las naciones.

2 Incumplida estuvo, efectivamente, la predicción durante el tiempo en que todavía les estaba permitido vivir bajo gobernantes propios de su nación, comenzando desde el mismo Moisés y continuando hasta el imperio de Augusto. En tiempos de éste es cuando, por primera vez, un extraño, Herodes, se ve investido por los romanos con el gobierno sobre los judíos: según nos informa Josefo <sup>96</sup>, era idumeo por parte de padre y árabe por parte de madre. Pero, según Africano <sup>97</sup>—que no era un historiador improvisado—, los que nos dan una información exacta <sup>98</sup> sobre Herodes dicen que Antípatro (éste era su padre) era hijo de cierto Herodes de Ascalón, uno de los llamados *hieródulos* <sup>99</sup>, que servía en el templo de Apolo <sup>100</sup>.

3 Este Antípatro, siendo niño, fue raptado por unos bandidos idumeos y con ellos vivió, porque su padre, pobre como era, no podía ofrecer un rescate por él. Criado en medio de sus costumbres, más tarde trabó amistad con Hircano <sup>101</sup>, sumo sacerdote judío. De él nació el Herodes de los tiempos de nuestro Salvador...

4 Habiendo, pues, venido el reino judío a manos de tal sujeto, la expectación de las naciones, conforme a la profecía, estaba ya también a las puertas <sup>102</sup>: habían desaparecido del reino los príncipes y caudillos descendientes por vía de sucesión entre ellos del mismo Moisés.

5 Al menos habían reinado antes de la cautividad y de la emigración a Babilonia <sup>103</sup>, comenzando por Saúl—el primero—y por David. Y antes de los reyes, les habían gobernado unos caudillos, los llamados jueces, que habían empezado también después de Moisés y del sucesor de éste, Josué.

6 Poco después del regreso de Babilonia se sirvieron ininterrumpidamente de un régimen político de oligarquía aristocrática (eran los sacerdotes quienes estaban a la cabeza de los asuntos), hasta que el general romano Pompeyo atacó a Jerusalén, la asaltó por la fuerza y profanó los lugares santos adentrándose hasta la parte más recóndita del templo. Y al que hasta aquel momento había subsistido por sucesión hereditaria, en calidad de rey y de sumo sacerdote al mismo tiempo—Aristóbulo se llamaba—lo envió encadenado a Roma, junto con sus hijos, y entregó el sumo sacerdocio

a su hermano Hircano. A partir de aquel momento, el pueblo judío entero quedó convertido en tributario de los romanos <sup>104</sup>.

7 Así, pues, tan pronto como Hircano, último en quien reca-  
yó la sucesión de los sumos sacerdotes, fue llevado cautivo por los  
partos <sup>105</sup>, el senado romano y el emperador Augusto pusieron la  
nación judía en manos de Herodes, el primer extranjero, como  
ya dije.

8 En su tiempo fue cuando tuvo lugar visiblemente la venida  
de Cristo <sup>106</sup> y, según la profecía, se siguió la esperada salvación y  
vocación de los gentiles. A partir de este tiempo, efectivamente, los  
príncipes y caudillos originarios de Judá, quiero decir los que pro-  
cedían del pueblo judío, desaparecieron y, naturalmente, en segui-  
da vieron perturbados también los asuntos del sumo sacerdocio,  
que de manera estable había ido pasando anteriormente de padres  
a hijos en cada generación.

9 De todo esto encontrarás un testigo importante en Josefo <sup>107</sup>,  
quien explica cómo Herodes, así que los romanos le confiaron el  
reino, dejó de instituir ya sumos sacerdotes originarios de la antigua  
estirpe, antes bien, distribuyó ese honor entre gentes sin relieve.  
Y dice que en la institución de los sacerdotes obraron lo mismo que  
Herodes su hijo Arquelao y, después de éste, los romanos, cuando  
se hicieron cargo del gobierno de los judíos.

10 Y el mismo Josefo explica <sup>108</sup> cómo Herodes fue el primero

en encerrar bajo su propio sello las vestiduras sagradas del sumo sacerdote, no permitiendo más a los sumos sacerdotes llevarlas sobre sí, y que lo mismo hicieron su sucesor Arquelao y, después de éste, los romanos.

II Todo lo dicho sirva también como prueba del cumplimiento de otra profecía referente a la manifestación de Jesucristo nuestro Salvador. En el libro de Daniel <sup>109</sup>, la Escritura determina clara y expresamente un número de semanas hasta el Cristo-príncipe—acerca de lo cual hice una exposición detallada en otras obras <sup>110</sup>—y profetiza que, después de cumplidas estas semanas, quedaría exterminada por completo la unción entre los judíos. Ahora bien, claramente se demuestra que también esto se cumplió con ocasión del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo.

Vaya por delante lo dicho como exposición necesaria para la verdad de las fechas.

## 7

### [DE LA SUPUESTA DISCREPANCIA DE LOS EVÁNGELIOS ACERCA DE LA GENEALOGÍA DE CRISTO]

I Puesto que, al escribir sus evangelios, Mateo y Lucas nos han transmitido <sup>111</sup> genealogías diferentes acerca de Cristo y a muchos les parece que discrepan, y como cada creyente, por ignorancia de la verdad, se ha esforzado en inventar sobre esos pasajes, vamos a aducir las consideraciones sobre este tema llegadas a nosotros y que Africano, mencionado poco ha <sup>112</sup>, recuerda en carta

a Aristides <sup>113</sup> acerca de la concordancia de la genealogía en los evangelios. Refuta las opiniones de los demás por forzadas y mentirosas, y expone el parecer que él ha recibido <sup>114</sup>, en estos mismos términos:

2 «Porque, efectivamente, en Israel los nombres de las familias se enumeraban, o bien según la naturaleza, o bien según la ley. Según la naturaleza, por sucesión de nacimiento legítimo; según la ley <sup>115</sup>, cuando uno moría sin hijos y su hermano los engendraba para conservar su nombre (la razón es que aún no se había dado una esperanza clara de resurrección, y remedaban la prometida resurrección futura con una resurrección mortal, con el fin de que se perpetuara el nombre del difunto).

3 »Como quiera, pues, que los incluidos en esta genealogía unos se sucedieron por vía natural de padres a hijos, y los otros, aunque engendrados por unos, recibían el nombre de otros, de ambos grupos se hace memoria: de los que fueron engendrados y de los que pasaron por serlo.

4 »De este modo, ninguno de los dos evangelios engaña: enumeran según la naturaleza y según la ley. Efectivamente, dos familias, que descendían de Salomón y de Natán respectivamente, estaban mutuamente entrelazadas a causa de las resurrecciones de los que habían muerto sin hijos, de las segundas nupcias y de la resurrección de descendencia, de suerte que es justo considerar a

unos mismos individuos en diferentes ocasiones hijos de diferentes padres, de los ficticios o de los verdaderos, y también que ambas genealogías son estrictamente verdaderas y llegan hasta José por caminos complicados, pero exactos.

5 »Mas, para que lo dicho resulte claro, voy a explicar la transposición de los linajes. Quien va enumerando las generaciones a partir de David y a través de Salomón se encuentra con que el tercero por el final es Matán, el cual engendró a Jacob, padre de José <sup>116</sup>. Mas, partiendo de Natán, hijo de David, según Lucas <sup>117</sup>, también el tercero por el final es Melquí, pues José era hijo de Helí, hijo de Melquí.

6 »Por lo tanto, siendo José nuestro punto de atención, hay que demostrar cómo es que se nos presenta como padre suyo a uno y a otro: a Jacob, que trae su linaje de Salomón, y a Helí, que descende de Natán; y de qué modo, en primer lugar los dos, Jacob y Helí, son hermanos; y aun antes, cómo es que los padres de éstos, Matán y Melquí, siendo de linajes diferentes, aparecen como abuelos de José.

7 »Y es que Matán y Melquí se casaron sucesivamente con la misma mujer y procrearon hijos, hijos de una misma madre, pues la ley no impedía que una mujer sin marido—porque éste la había repudiado o porque había muerto—se casara con otro.

8 »Pues bien, de Esta (que así es tradición que se llamaba la mujer), Matán, el descendiente de Salomón, fue el primero en engendrar a Jacob; muerto Matán, se casa con su viuda Melquí, cuya

ascendencia remontaba a Natán y que, siendo, como dijimos antes, de la misma tribu, era de otra familia. Este tuvo un hijo: Helí.

9 »Y así nos encontramos con que, siendo sus dos linajes diferentes, Jacob y Helí son hermanos de madre. Muerto Helí sin hijos, su hermano Jacob se casó con su mujer, y de ella tuvo un tercer hijo, José, el cual, según la naturaleza, era suyo (y según el texto, pues por eso está escrito: *Jacob engendró a José* <sup>118</sup>), pero, según la ley, era hijo de Helí, ya que Jacob, por ser hermano suyo, le suscitó descendencia.

10 »Por lo cual no se quitará autoridad a su genealogía. Al hacer la enumeración, el evangelista Mateo dice: *Jacob engendró a José* <sup>119</sup>; pero Lucas procede al revés: *El cual era, según se creía (porque también añade esto), hijo de José, que lo fue de Helí, hijo de Melquí* <sup>120</sup>. No era posible expresar más certeramente el nacimiento según la ley: va remontando uno por uno hasta *Addn, que fue de Dios* <sup>121</sup>, y hasta el final se calla el «engendró», para no aplicarlo a esta clase de paternidad.

11 »Y es que esto no va sin pruebas ni es improvisado. En efecto, los parientes carnales del Salvador, bien por aparentar o bien, simplemente, por enseñar, pero siendo veraces en todo, transmitieron también lo que sigue. Unos ladrones idumeos asaltaron Ascalón, ciudad de Palestina; de un templo de Apolo, que estaba construido delante de los muros, se llevaron cautivo, además de los otros despojos, a Antípatro, hijo de cierto *hieródulo* llamado Hero-

des. No pudiendo el sacerdote pagar un rescate por su hijo, Antípato fue educado en las costumbres de los idumeos, y más tarde trabó amistad con Hircano, el sumo sacerdote de Judea <sup>122</sup>.

12 »Fue luego embajador cerca de Pompeyo en favor de Hircano, para el que sacó libre el reino devastado por su hermano Aristóbulo; y él mismo prosperó mucho, pues logró el título de *epimeletés* de Palestina <sup>123</sup>. A Antípato, asesinado por envidia de su mucha y buena fortuna, le sucedió su hijo Herodes, que más tarde, por decisión de Antonio y Augusto y por decreto senatorial, reinará sobre los judíos. De él fueron hijos Herodes y los otros tetrarcas. Todos estos datos coinciden con las historias de los griegos <sup>124</sup>.

13 »Además, hallándose inscritas hasta entonces en los archivos las familias hebreas, incluso las que se remontaban a prosélitos, como Aquior <sup>125</sup> el ammonita, Rut <sup>126</sup> la moabita y los que salieron de Egipto mezclados con los hebreos <sup>127</sup>, Herodes, porque en nada le tocaba la raza de los israelitas y herido por la conciencia de su bajo nacimiento, hizo quemar los registros de sus linajes <sup>128</sup>, creyendo que aparecería como noble por el hecho de que tampoco otros podrían hacer remontar su linaje, apoyados en documentos públicos, a los patriarcas o a los prosélitos o a los llamados «geyoras», los extranjeros <sup>129</sup> mezclados.

14 »En realidad, unos pocos, cuidadosos, que tenían para sí registros privados o que se acordaban de los nombres o los habían copiado, se gloriaban de tener a salvo la memoria de su nobleza. Ocurrió que de éstos eran los que dijimos antes<sup>130</sup>, llamados *despósinoi* por causa de su parentesco con la familia del Salvador<sup>131</sup> y que, desde las aldeas judías de Nazaret y Cocaba, visitaron el resto del país y explicaron la precedente genealogía, comenzando por el *Libro de los días*, hasta donde alcanzaron<sup>132</sup>.

15 »Fuera así o fuera de otra manera, nadie podría hallar una explicación más clara. Yo al menos esto pienso, y lo mismo todo el que tiene buenas disposiciones. Aunque no esté atestiguada, ocupémonos de ella, porque no es posible exponer otra mejor y más clara<sup>133</sup>. En todo caso, el Evangelio dice enteramente la verdad».

16 Y al final de la misma carta añade lo siguiente:

«Matán, del linaje de Salomón, engendró a Jacob. Muerto Matán, Melquí, el del linaje de Natán, engendró de la misma mujer a Helí. Por lo tanto, Helí y Jacob son hermanos uterinos. Muerto Helí sin hijos, Jacob le suscitó descendencia engendrando a José, hijo suyo según la naturaleza, pero de Helí según la ley. Así es como José era hijo de ambos»<sup>134</sup>.

Así Africano.

17 Establecida la genealogía de José de esta manera, también María aparece junto con él, por fuerza, como siendo de la misma tribu, ya que, al menos según la ley de Moisés, no estaba permitido mezclarse con las otras tribus<sup>135</sup>, pues se prescribe el unirse en matrimonio con uno del mismo pueblo y de la misma tribu, con el fin de que la herencia familiar no rodara de tribu en tribu. Baste así con lo dicho.

## 8

[DEL INFANTICIDIO PERPETRADO POR HERODES Y DEL FINAL  
CATASTRÓFICO DE SU VIDA]

I Nacido Cristo en Belén de Judá, conforme a las profecías<sup>136</sup> en el tiempo mencionado, Herodes, ante la pregunta de los magos venidos de Oriente que querían enterarse en dónde se hallaba el nacido rey de los judíos—porque habían visto su estrella, y el motivo de su viaje tan largo había sido su empeño de adorar como a Dios al nacido—, turbado no poco por el asunto como si estuviera en peligro su soberanía—al menos esto era lo que él pensaba realmente—, después de informarse de los doctores de la ley entre el pueblo dónde esperaban que había de nacer el Cristo, tan pronto como supo que la profecía de Miqueas predecía que en Belén, ordenó mediante un edicto matar a los niños de pecho de Belén y de todos sus alrededores, de dos años para abajo, según el tiempo exacto que le indicaron los magos, pensando que también Jesús, como era natural, co-

rrería de todas maneras la misma suerte que los otros niños de su edad.

2 Pero el niño, llevado a Egipto, se adelantó a la conjura: un ángel se apareció a sus padres indicándoles de antemano lo que iba a suceder. Esto es lo que nos enseña la Sagrada Escritura del Evangelio <sup>137</sup>.

3 Pero, además de eso, es conveniente echar una mirada a la recompensa del atrevimiento de Herodes contra Cristo y los niños de su edad. Inmediatamente después, sin que mediara la menor demora, la justicia divina le persiguió cuando aún rebosaba de vida y le mostró el preludio de cuanto le aguardaba para después de su marcha de acá.

4 No es posible ahora reseñar las sucesivas calamidades domésticas con que anubló la supuesta prosperidad de su reino: los asesinatos de su mujer, de sus hijos y de otras personas muy allegadas a la familia por parentesco y por amistad. Lo que acerca de ello pueda suponerse deja en la sombra a toda representación trágica. Josefo lo explica prolijamente en sus relatos históricos <sup>138</sup>.

5 Pero sobre cómo ya desde el momento en que conspiró contra nuestro Salvador y contra los demás niños un flagelo divino lo arrebató y puso a morir, bueno será escuchar las palabras mismas del escritor, que, en el libro XVII de sus *Antigüedades judías*, escribió el final catastrófico de la vida de Herodes como sigue:

«A Herodes la enfermedad se le iba haciendo más y más virulenta. Dios vengaba sus crímenes.

6 »En efecto, era un fuego suave que no denunciaba al tacto de los que le palpaban un abrasamiento como el que por dentro iba acrecentando su corrupción; y luego un ansia terrible de tomar algo, sin que nada pudiera servirle, ulceración y atroces dolores en los intestinos, y sobre todo en el colon, con hinchazón húmeda y reluciente en los pies.

7 »En torno al bajo vientre tenía una infección parecida; más aún, sus partes pudendas estaban podridas y criaban gusanos. Su respiración era de una rigidez aguda y en exceso desagradable por la carga de supuración y por su fuerte asma; en todos sus miembros sufría espasmos de una fuerza insoportable.

8 »Lo cierto es que los adivinos y quienes tienen saber para predecir estas cosas decían que Dios se estaba haciendo pagar las muchas impiedades del rey» <sup>139</sup>.

Esto es lo que el autor antedicho anota en la obra mencionada.

9 Y en el libro segundo <sup>140</sup> de sus relatos históricos nos da una tradición parecida acerca del mismo, escribiendo así:

«Entonces la enfermedad se adueñó de todo su cuerpo y lo iba destrozando con sufrimientos variados. La fiebre, en verdad, era débil, pero resultaba insoportable la comezón de toda la superficie del cuerpo, los dolores continuos del colon, los edemas de los pies, como de un hidrópico, la inflamación del bajo vientre y la podredumbre agusanada de sus partes pudendas, a lo que se ha de añadir

el asma, la disnea y espasmos en todos sus miembros, hasta el punto de que los adivinos decían que estas dolencias eran un castigo.

10 »Pero él, aunque luchaba con tales padecimientos, aún se aferraba a la vida y, esperando salvarse, andaba imaginando curas. En todo caso atravesó el Jordán y utilizó las aguas termales de Calirroe. Estas van a parar al mar del Asfalto <sup>141</sup> y, como son dulces, son también potables.

11 »Allí los médicos decidieron recalentar con aceite caliente todo su purulento cuerpo en una bañera llena de aceite; se desmayó y entornó los ojos, como acabado. Se armó gran alboroto entre los criados y, al ruido, volvió él en sí. Renunciando desde entonces a la curación, mandó repartir a cada soldado 50 dracmas y mucho dinero a los jefes y a sus amigos <sup>142</sup>.

12 »Emprendió el regreso y llegó a Jericó; presa ya de la melancolía y amenazando casi a la misma muerte. Dio en urdir una acción criminal. Efectivamente, hizo reunir a los notables de cada aldea de toda Judea y los mandó encerrar en el llamado hipódromo.

13 »Llamando después a su hermana Salomé y a su marido Alejandro, dijo: Sé que los judíos festejarán mi muerte, pero puedo ser llorado por otros y tener unos funerales espléndidos si vosotros queréis secundar mis mandatos. A todos estos hombres aquí custodiados, así que yo expire, cercadlos al punto con soldados y haced

que los maten, para que Judea entera y cada casa, aun a la fuerza, llore por mí» <sup>143</sup>.

**14** Y un poco más adelante dice:

«Después, torturado también por la falta de alimento y por unos espasmódicos y abrumados <sup>144</sup> por los dolores, tramaba anticipar la hora fatal. Cogió una manzana y pidió un cuchillo, pues tenía por costumbre cortarla para comerla. Después, mirando en torno suyo por temor de que hubiera alguien para impedirsele, levantó su mano derecha con la intención de herirse» <sup>145</sup>.

**15** Además de estos detalles, el mismo escritor refiere que, antes de haber muerto del todo, ordenó matar a otro de sus hijos legítimos <sup>146</sup>, tercero que añadió a los otros dos ya asesinados anteriormente, y al punto, de repente y entre enormes dolores, expiró <sup>147</sup>.

**16** Tal resultó el final de Herodes, justo merecido por el infanticidio perpetrado en Belén por atentar contra nuestro Salvador <sup>148</sup>. Después de esto, un ángel se presentó en sueños a José, que vivía en Egipto, y le ordenó partir con el niño y con su madre hacia Judea, aclarándole que estaban muertos los que buscaban la

muerte del niño, a lo que añade el evangelista: *Mas, oyendo que Arquelao reinaba en lugar de su padre Herodes, temió ir allá, pero, avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea* <sup>149</sup>.

## 9

### [DE LOS TIEMPOS DE PILATO]

1 El historiador antedicho corrobora la noticia de la subida de Arquelao al poder después de Herodes y describe de qué manera, por testamento de su padre Herodes y por decisión de César Augusto, recibió en sucesión el reino judío, y cómo, caído del poder al cabo de diez años, sus hermanos Felipe y Herodes el Joven, junto con Lisantias, gobernaron sus propias tetrarquías <sup>150</sup>.

2 Y el mismo Josefo, en el libro XVIII de sus *Antigüedades* <sup>151</sup>, declara que en el año 12 del imperio de Tiberio (pues éste fue el sucesor en el Imperio, tras los cincuenta y siete años de reinado de Augusto <sup>152</sup>), Poncio Pilato obtuvo el gobierno de Judea <sup>153</sup>, en el

que se mantuvo diez años completos, casi hasta la muerte de Tiberio <sup>154</sup>.

3 Por lo tanto, claramente queda refutada la patraña de los que ahora, últimamente, han divulgado unas *Memorias* <sup>155</sup> contra nuestro Salvador, en las cuales la fecha misma anotada es la primera prueba de la mentira de tales infundios.

4 Efectivamente, sitúan sus atrevidas invenciones acerca de la pasión del Salvador en el cuarto consulado de Tiberio, que coincidió con el año séptimo de su reinado, tiempo en el que se demuestra que Pilato ni siquiera había hecho acto de presencia todavía en Judea, al menos si hay que echar mano de Josefo como testigo, quien claramente señala en su libro antes citado que Tiberio instituyó a Pilato gobernador de Judea justamente en el año duodécimo de su imperio.

[DE LOS SUMOS SACERDOTES DE LOS JUDÍOS BAJO LOS CUALES CRISTO ENSEÑÓ]

1 Fue, por lo tanto, en tiempos de éstos, según el evangelista <sup>156</sup>, estando Tiberio César en el año decimoquinto de su imperio y Pilato en el cuarto de su procuración, y siendo tetrarcas del resto de Judea Herodes, Lisánias y Felipe, cuando nuestro Salvador y Señor Jesús, el Cristo de Dios, comenzaba a ser como de treinta años <sup>157</sup> y se presentó al bautismo de Juan <sup>158</sup> y dio entonces comienzo a la proclamación del Evangelio <sup>159</sup>.

2 Dice además la divina Escritura que todo el tiempo de su enseñanza transcurrió durante el sumo sacerdocio de Anás y Caifás <sup>160</sup>, mostrando que, efectivamente, todo el tiempo de su enseñanza se cumplió en los años en que éstos ejercieron sus cargos. Por lo tanto, empezó durante el sumo sacerdocio de Anás y continuó hasta el comienzo del de Caifás, lo que no llega a dar un intervalo de cuatro años completos <sup>161</sup>.

3 Efectivamente, puesto que las disposiciones legales en aquel tiempo estaban ya en cierta manera abrogadas, se había roto aque-

lla por la cual los cargos referentes al culto de Dios pertenecían de por vida y por sucesión hereditaria, y los gobernadores romanos investían con el sumo sacerdocio a personas diferentes y en tiempos también diferentes, sin que duraran en el cargo más de un año.

4 Refiere, pues, Josefo que después de Anás se sucedieron cuatro sumos sacerdotes hasta Caifás. En la misma obra *Antigüedades* escribe lo siguiente:

«Valerio Grato destituyó del sacerdocio a Anás y creó sumo sacerdote a Ismael, hijo de Fabi; pero habiendo cambiado también a éste al cabo de poco tiempo, designa como sumo sacerdote a Eleazar, hijo del sumo sacerdote Anás.

5 «Pero transcurrido un año, destituyó también a éste y entregó el sumo sacerdocio a Simón, hijo de Camito. Mas tampoco a éste le duró el honor del cargo más de un año, siendo sucesor suyo José, llamado también Caifás» <sup>162</sup>.

6 Por consiguiente, se demuestra que todo el tiempo de enseñanza de nuestro Salvador no llega a los cuatro años completos, puesto que desde Anás hasta el nombramiento de Caifás fueron cuatro los sumos sacerdotes que, en cuatro años, ejercieron el cargo anual. Tiene razón el texto evangélico al menos en señalar a Caifás como sumo sacerdote del año en que se cumplió la pasión del Salvador <sup>163</sup>. Al no disentir de la observación precedente, queda también corroborada la duración de la enseñanza de Cristo.

7 Además, nuestro Salvador y Señor llama a los doce apóstoles

no mucho después del comienzo de su predicación, y a ellos solos de entre los demás discípulos suyos, por privilegio especial, dio el nombre de apóstoles <sup>164</sup>. Después *designó otros setenta, y también a éstos los envió, de dos en dos, delante de él a todo lugar y ciudad adonde él había de ir* <sup>165</sup>.

## 11

### [TESTIMONIO SOBRE JUAN BAUTISTA Y SOBRE CRISTO]

1 No mucho después, Herodes el Joven hizo decapitar a Juan el Bautista. El texto sagrado del Evangelio también lo menciona <sup>166</sup>, y Josefo lo confirma, al menos, al hacer memoria expresa de Herodíades y de cómo Herodes se casó con ella, a pesar de que era mujer de su hermano, después de repudiar a su primera y legítima esposa (hija ésta de Aretas, rey de Petra) y de separar a Herodíades de su marido, que aún vivía; menciona también que por causa de ella dio muerte a Juan y promovió una guerra contra Aretas, cuya hija había deshonrado <sup>167</sup>.

2 Y dice que en esta guerra, presentada batalla, el ejército de Herodes fue desbaratado por entero, y que todo esto le ocurrió por haber atentado contra Juan.

3 El mismo Josefo <sup>168</sup> confiesa que Juan fue un hombre justo por demás y que bautizaba, confirmando así lo escrito acerca de él

en el texto de los evangelios. Refiere además que Herodes fue destronado por culpa de la misma Herodíades, y con ella se le desterró condenado a habitar en la ciudad de Viena, en la Galia <sup>169</sup>.

4 Esto es lo que narra en el mismo libro XVIII de las *Antigüedades*, donde acerca de Juan escribe textualmente lo que sigue:

«A algunos judíos les parece que fue Dios quien desbarató al ejército de Herodes, haciéndole pagar muy justamente su merecido por lo de Juan, llamado el Bautista.

5 »Porque Herodes le había dado muerte. Era un hombre bueno y que exhortaba a los judíos a ejercitarse en la virtud, a usar de la justicia en el trato de unos con otros y de la piedad para con Dios, y a acudir al bautismo. Porque de esta manera también el bautismo le parecía aceptable, no como instrumento de perdón para algunos pecados, sino para la purificación del cuerpo, con tal de que la justicia hubiera purificado al alma de antemano.

6 »Y como quiera que los demás se iban aglomerando en torno a Juan (pues quedaban suspensos escuchando sus palabras), Herodes, temeroso de que una tan grande fuerza de persuasión sobre los hombres condujera a alguna revuelta (ya que en todo parecían obrar por consejo de Juan), pensó que lo mejor era anticiparse y hacerlo matar antes de que armara una revolución, en vez de verse envuelto en dificultades por un cambio de la situación y tener luego que arre-

pentirse. Y Juan, por la sospecha de Herodes, fue enviado prisionero a Maqueronte, la fortaleza mentada más arriba, y allí se le ejecutó» 170.

7 Después de explicar todo esto acerca de Juan, en la misma obra histórica menciona también 171 a nuestro Salvador en los siguientes términos:

«Por este mismo tiempo vivió Jesús, hombre sabio si es que hombre hay que llamarlo, porque realizaba obras portentosas, era maestro de los hombres que recibían gustosamente la verdad y se atrajo no sólo a muchos judíos, sino también a muchos griegos.

8 »Este era el Cristo. Habiéndole infligido Pilato el suplicio de la cruz, instigado por nuestros próceres, los que primero le habían amado no cesaron de amarlo, pues al cabo de tres días nuevamente se les apareció vivo. Los profetas de Dios tenían dichas estas mismas cosas y otras incontables maravillas acerca de él. La tribu de los cris-

tianos, que de él tomó el nombre, todavía no ha desaparecido hasta hoy» 172.

9 Cuando un escritor salido de entre los mismos judíos transmite desde el comienzo en sus propias obras estas cosas referentes a Juan Bautista y a nuestro Salvador, ¿qué subterfugio puede quedar a los que urdieron contra ellos las *Memorias*, sin que se evidencie su descaro?

Pero baste lo dicho.

## 12

### [DE LOS DISCÍPULOS DE NUESTRO SALVADOR]

1 De los apóstoles del Salvador, al menos el nombre aparece claro para todos en los evangelios 173. De los setenta discípulos, en cambio, por ninguna parte aparece lista alguna; sin embargo, se dice al menos que Bernabé era uno de ellos 174; de él hacen mención especial los *Hechos de los Apóstoles* 175, igual que Pablo cuando escribe a los Gálatas 176. Dicen además que también era uno de ellos Sóstenes, el que escribe con Pablo a los Corintios 177.

2 La referencia se encuentra en Clemente, en el libro V de las *Hypotyposesis*, en el cual afirma que también Cefas—del que Pablo dice: *Pero cuando Cefas vino a Antioquía, me enfrenté con él* 178—,

era uno de los setenta discípulos y que su homonimia con el apóstol Pedro era casual <sup>179</sup>.

3 Y un documento enseña <sup>180</sup> que también Matías—el que fue añadido a la lista de los apóstoles en sustitución de Judas—y el otro que tuvo el honor de entrar con él a suertes fueron dignos de la misma llamada de entre los setenta <sup>181</sup>. Se dice <sup>182</sup> además que también era uno de ellos Tadeo, del cual ha llegado hasta nosotros un relato que voy a exponer en seguida <sup>183</sup>.

4 Pero, si bien lo consideras, encontrarás que los discípulos del Salvador fueron muchos más que los setenta, atendiendo al testimonio de Pablo, quien dice que, después de su resurrección de entre los muertos, se apareció primero a Cefas, luego a los doce y, después de éstos, a más de quinientos hermanos juntos, de los cuales afirmaba que algunos habían muerto, pero que la mayor parte aún vivía por el tiempo en que él escribía estas cosas <sup>184</sup>.

5 Después dice que se apareció a Santiago. Ahora bien, éste era también uno de los mencionados hermanos del Salvador. Y luego, como quiera que, aparte de los dichos, los apóstoles a imagen de los

Doce eran muchos más—el mismo Pablo lo era—, prosigue diciendo: *después se apareció a todos los apóstoles.*

Sobre el tema, baste lo dicho.

## 13

### [RELATO SOBRE EL REY DE EDESA]

1 El relato acerca de Tadeo <sup>185</sup> es como sigue. La fama de la divinidad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, a causa de su poder milagroso, alcanzó a todos los hombres y, con la esperanza de la curación de sus enfermedades y dolencias de toda especie, atraía a innumerables gentes que habitaban incluso en el extranjero, muy lejos de Judea.

2 En estas circunstancias se hallaba el rey Abgaro <sup>186</sup>, que reinaba excelentemente sobre las gentes de más allá del Eufrates y tenía su cuerpo destrozado por una enfermedad terrible e incurable para el humano poder. Así que llegaron a él noticias insistentes sobre el nombre de Jesús y los milagros unánimemente atestiguados por todos, se convirtió en suplicante suyo enviándole un propio con una carta en la que pedía verse libre de la enfermedad.

3 Pero Jesús no atendió por entonces a su llamada. Sin embargo, le hizo el honor de una carta de su puño y letra en la que prometía enviarle uno de sus discípulos que le curaría de la enfermedad y al mismo tiempo le llevaría la salvación para él y para todos los suyos.

4 No pasó mucho tiempo sin que Jesús cumpliera su promesa. Después de su resurrección de entre los muertos y de su ascensión a los cielos, Tomás, uno de los doce apóstoles, movido por Dios, envió a la región de Edesa a Tadeo <sup>187</sup>—que también se contaba en el número de los setenta discípulos de Cristo—como heraldo y evangelista de la doctrina de Cristo, y por su medio se cumplió lo que el Salvador tenía prometido.

5 Tienes de todo esto testimonio escrito, sacado de los archivos de Edesa, que en aquel entonces era la corte. En los documentos públicos que en ellos se guardan y que contienen los hechos antiguos y de los tiempos de Abgaro, se encuentra también dicho testimonio <sup>188</sup>, conservado hasta hoy desde entonces. Pero nada mejor que escuchar las cartas mismas que hemos sacado de los archivos y que, traducidas del siríaco <sup>189</sup>, dicen textualmente como sigue:

**Copia de la carta escrita por Abgaro, toparca, a Jesús  
y enviada a Jerusalén por el correo Ananías**

6 «Abgaro Ucama <sup>190</sup>, toparca, a Jesús, el buen salvador que ha aparecido en la región de Jerusalén, salud:

»Han llegado a mis oídos noticias acerca de tu persona y de tus curaciones, que, al parecer, realizas sin emplear medicinas ni hierbas <sup>191</sup>, pues, por lo que se cuenta, haces que los ciegos recobren la vista y que anden los cojos; limpias a los leprosos y arrojas espíritus impuros y demonios; curas a los que están atormentados por larga enfermedad y resucitas muertos <sup>192</sup>.

7 »Y yo, al oír todo esto de ti, me he puesto a pensar que una de dos: o eres Dios, que, bajando personalmente del cielo, realizas estas maravillas, o eres hijo de Dios, ya que tales obras haces.

8 »Este es, pues, el motivo de escribirte rogándote que te apresures a venir hasta mí y curarme del mal que me aqueja. Porque además he oído que los judíos andan murmurando contra ti y quieren hacerte mal. Pequeñísima es mi ciudad, pero digna, y bastará para los dos» <sup>193</sup>.

9 Esta es la carta que Abgaro escribió, iluminado entonces por un poco de luz divina. Pero bueno será que escuchemos la carta

que al mismo envió Jesús por el mismo correo, carta de pocas líneas, pero de mucha fuerza, cuyo tenor es como sigue <sup>194</sup>:

**Respuesta de Jesús a Abgaro, toparca,  
por medio del correo Ananías**

**10** «Dichoso tú, que has creído en mí sin haberme visto <sup>195</sup>. Porque de mí está escrito que *los que me han visto no creerán en mí, y que aquellos que no me han visto creerán y tendrán vida* <sup>196</sup>. Mas, acerca de lo que me escribes de llegarme hasta ti, es necesario que yo cumpla aquí por entero mi misión y que, después de haberla consumado, suba de nuevo al que me envió <sup>197</sup>. Cuando haya subido, te mandaré alguno de mis discípulos, que sanará tu dolencia y os dará vida a ti y a los tuyos».

**11** A estas cartas iba todavía unido, en siríaco, lo siguiente: «Después de la ascensión de Jesús, Judas, llamado también Tomás <sup>198</sup>, le envió como apóstol a Tadeo, uno de los setenta, el cual llegó y se hospedó en casa de Tobías, hijo de Tobías. Cuando corrió el rumor acerca de él, avisaron a Abgaro de que había llegado allí un apóstol de Jesús, como se lo había escrito en la carta.

**12** »Comenzó, pues, Tadeo, con el poder de Dios <sup>199</sup>, a curar toda enfermedad y flaqueza, hasta el punto de que todos se admiraban <sup>200</sup>. Mas, cuando Abgaro oyó hablar de los portentos

y maravillas que obraba y de que también curaba, entró en sospechas de si sería éste el mismo del cual Jesús le hablaba en la carta, allí donde decía: Cuando yo haya subido, te mandaré alguno de mis discípulos, que sanará tu dolencia.

**13** »Hizo, pues, llamar a Tobías, en cuya casa se hospedaba, y le dijo: He oído decir que ha venido cierto hombre poderoso y que se aloja en tu casa. Tráemelo. Se fue Tobías a estar con Tadeo y le dijo: El toparca Abgaro me mandó llamar y me dijo que te llevara hasta él para que le cures; y Tadeo le respondió: Subiré, puesto que he sido enviado a él con poder.

**14** »Al día siguiente, Tobías madrugó y, tomando consigo a Tadeo, se fue ante Abgaro. Entró Tadeo, estando allí presentes de pie los magnates del rey, y al instante de hacer él su entrada, una gran visión se le apareció a Abgaro en el rostro del apóstol Tadeo. Al verla, Abgaro se prosternó ante Tadeo, dejando en suspenso a todos los que le rodeaban, pues ellos no habían contemplado la visión, que sólo se mostró a Abgaro <sup>201</sup>.

**15** »Este preguntó a Tadeo: ¿De verdad eres tú discípulo de Jesús, el hijo de Dios, el que me tiene dicho: te mandaré alguno de mis discípulos que te curará y te dará vida? Y Tadeo respondió: Porque es muy grande tu fe en el que me envió, por esto he sido yo enviado a ti. Y si todavía crees en él, según la fe que tengas así verás cumplidas las peticiones de tu corazón <sup>202</sup>.

**16** »Y Abgaro le replicó: De tal manera creí en él, que llegué a querer tomar un ejército y aniquilar a los judíos que lo cruci-

ficaron, de no haberme hecho desistir el miedo al Imperio romano. Y Tadeo le dijo: Nuestro Señor ha cumplido la voluntad del Padre y, una vez cumplida, subió al Padre.

17 «Díjole Abgaro: También yo he creído en él y en su Padre. Y Tadeo dijo: Por esto voy a poner mi mano sobre ti en su nombre. Y así que lo hubo hecho, al punto quedó curado el rey de la enfermedad y de la dolencia que tenía.

18 «Y Abgaro se maravilló de que tal como él tenía oído decir acerca de Jesús, así lo acababa de experimentar de hecho por obra de su discípulo Tadeo, el cual, sin fármacos ni hierbas, le había curado. Y no sólo a él, sino también a Abdón, hijo de Abdón, que sufría de gota y que, acercándose también a Tadeo, cayó a sus pies, suplicó con sus manos y fue curado. Y a muchos otros conciudadanos curó Tadeo, obrando maravillas y proclamando la palabra de Dios.

19 «Después de esto, dijo Abgaro: Tadeo, tú haces estos milagros con el poder de Dios, y nosotros hemos quedado maravillados. Pero yo te ruego que además nos des alguna explicación sobre la venida de Jesús, cómo fue, y también sobre su poder: en virtud de qué poder <sup>203</sup> obraba él los portentos de que yo he oído hablar.

20 «Y Tadeo respondió: Ahora guardaré silencio. Pero mañana, puesto que fui enviado para predicar la palabra, convoca en asamblea a todos tus ciudadanos, y yo predicaré delante de ellos, y en ellos sembraré <sup>204</sup> la palabra de vida: sobre la venida de Jesús: cómo

fue; y sobre su misión: por qué razón el Padre lo envió; y acerca de su poder, de sus obras y de los misterios de que habló en el mundo: en virtud de qué poder realizaba esto; y acerca de la novedad de su mensaje, de su pequeñez y de su humillación: cómo se humilló <sup>205</sup> a sí mismo deponiendo y empequeñeciendo su divinidad, y cómo fue crucificado y descendió al hades e hizo saltar el cerrojo que desde siempre seguía intacto y resucitó muertos, y cómo, habiendo bajado solo, subió a su Padre con una gran muchedumbre <sup>206</sup>.

21 »Mandó, pues, Abgaro, que al alba se reunieran todos sus ciudadanos y que escucharan la predicación de Tadeo, y luego ordenó que se le diese oro y plata sin acuñar. Pero él no lo aceptó y dijo: Si hemos dejado lo nuestro, ¿cómo habíamos de tomar lo ajeno?

»Ocurría esto el año 340 <sup>207</sup>».

22 Baste por el momento con este relato, que no será inútil, traducido literalmente de la lengua siríaca.